

# **SAN MARTÍN EN PISCO: LA HISTORIA DE UN VALLE COSTEÑO DURANTE LAS GUERRAS DE INDEPENDENCIA**

**Juan Luis Orrego Penagos**

Por donde se le mire, la Independencia tuvo un impacto desigual, ya sea en los grupos sociales, las instituciones o las localidades. Es importante este hecho ya que antes los historiadores olvidaban con frecuencia que nuestra sociedad y nuestro territorio se caracterizaban precisamente por su multiplicidad. Esa tentación globalizadora del pasado peruano está siendo cuestionada a medida que fueron apareciendo los primeros estudios regionales. Hoy los historiadores se sienten cada vez menos dispuestos en afirmar que una simple fórmula puede bastar para abarcar la enorme variedad de situaciones locales dentro del territorio: estamos aprendiendo a respetar las diferencias regionales como las secuencias cronológicas. Comenzamos a darnos cuenta que lo que es cierto para el sur andino no lo es necesariamente para la costa central, el norte o el extremo sur, por no hablar de la sierra central o la amazonía.

El presente trabajo pretende contribuir al estudio de esta problemática regional haciendo un recorrido por la historia del valle de Pisco, centrándonos en los efectos que tuvo la llegada del Ejército Libertador a la zona. El tema es importante. Sabemos que las guerras de Independencia causaron mucho daño material al país, tanto por parte de los patriotas como de los realistas, provocando una grave crisis a la elite de entonces. Los hacendados soportaron estos problemas, además de la leva de sus trabajadores y el ocasional secuestro de sus propiedades, crisis que no van a poder remontar -al menos los de la costa central- hasta promediar la década de 1840.

## ***I. EL VALLE Y SUS TRANSFORMACIONES:***

Durante los primeros años de la Conquista el valle de Pisco, como la mayor parte de la entonces Gobernación de Nueva Castilla, fue escenario de la repartición de encomiendas. Según algunas informaciones muy fragmentadas, Francisco Pizarro debió hacer depósitos de indios en la zona

hacia 1534 y distribución de encomiendas dos años más tarde, siendo los primeros favorecidos españoles adictos a su bando. Estos encomenderos, sin embargo, perderían sus derechos en el valle al declararse partidarios de Gonzalo Pizarro en las guerras contra el Rey. De este modo fueron desapareciendo los primeros encomenderos de la zona quedando sólo uno, Pedro de Zárate, quien controlaba el repartimiento de Pisco y Cónдор con 285 indios tributarios y 1402 personas reducidas en un pueblo llamado Magdalena (Castillo 1947: 84). Luego aparece otro español encomendero, Lorenzo de Zárate y Solar, quien a principios del siglo XVII contaba con 37 tributarios (Puente Brunke 1992: 444). No obstante, es ya por estos años de 1600, según papeles judiciales, que el valle fue cambiando hasta convertirse en un territorio con propiedades agrícolas legítimamente adquiridas.

Pronto, la agricultura pisqueña empezó a cobrar importancia dentro de la estructura económica del Virreinato. Ya antes de finalizar el siglo XVI se iniciaron conflictos entre los propietarios por la demarcación de sus fundos y derechos de agua, a tal punto que tuvo que llegar el Licenciado Alonso Maldonado de Torres quien ajustó linderos e hizo un empadronamiento de tierras. La razón de estos conflictos era sencilla: las tierras ya se habían vuelto rentables por el sembrío de viñedos, pues en Pisco las cepas traídas por Francisco Caravantes se desarrollaron exitosamente. En síntesis, la riqueza del valle dependía de la plantación de viñedos y la extracción de todos sus derivados, como aguardientes y vinos. Esta fama fue trascendiendo el XVII, de allí la visita frecuente de piratas como Jacobo Hermite (1624). Algunas veces los vecinos enfrentaron a los saltadores en desventaja, pues dado que escaseaban en el lugar efectivos del ejército colonial los lugareños se rendían y pagaban fuertes rescates. Pero también el valle era codiciado por las plantaciones de caña de azúcar de la hacienda Caucato, dátiles e higos de las haciendas del desierto como Santa Cruz, Santo domingo, Lanchas y El Sapo. Por último, gracias a una importante población esclava se cultivaban en cantidad todos los productos del valle, que podían exportarse a las provincias del interior, Lima e incluso España.

Uno de los mejores relatos sobre la producción del valle y su sistema de comercialización es la que nos ofrece, en 1712, el viajero Francis Frezier:

*“No sólo por la venta de mercaderías de Europa los barcos hacen escala en Pisco: lo hacen también para comprar vino y aguardiente a mejor precio y en mayor cantidad, que en*

*cualquiera otra parte (...) Al S.E. donde los productos son los mejores del Perú, esos vinos son muy generosos y marean fácilmente y por ese motivo poco los toman los españoles: más bien los compran los negros, indios, mulatos y gente parecida. En lugar de vino por curiosa prevención muchos españoles toman aguardiente. Las parras de la campiña que no quedan cómodamente regadas por acequias, van plantadas de tal modo que no les haga falta ni lluvia ni regadío.*

*Pues cada parra está en una poza de 4 a 5 pies de hondo, alcanza la humedad interior de la tierra. Por lo demás no toda la comarca goza de esta fertilidad; el conjunto más bien es árido y seco y fuera de las llanuras y valles no se puede vivir. Y hasta en los lugares húmedos el agua tiene un sabor a sal que perjudica la uva y persiste en el mismo aroma de los vinos. Se encuentra también en los alrededores de Pisco toda clase de frutas como peros, naranjas, limones, guayabas, plátanos, dátiles, etc. La abundancia de los comestibles allí cosechados y el movimiento comercial son los motivos porque los pisqueños vivan muy desahogados y puedan entregarse a menudo a espectáculos públicos como son las corridas de toros, teatros y carnavales” (citado por Castillo 1947: 136-137).*

Hacia el siglo XVIII las mejores haciendas del valle eran propiedad de la Compañía de Jesús, congregación que ha pasado a la historia colonial como eficiente administradora de sus propiedades, especialmente las agrícolas. La lista de las haciendas jesuíticas en Pisco hacia 1767 era la siguiente:

Nombre	Producción	Valor
Chacarilla de Santiago	Hierbatería	6.592.4
Sta. Rosa de Caucato	Caña	143.958.3
Sta. Cruz de Lancha	Viña	47.735.7
San Juanito	Alfalfa y olivos	509.6
Cóndor	Viña	160.526.0
Humay	Viña	132.560
<b>Total:</b>		491.882

Fuente: Macera (1977, III: 16-26)

Parece, según testimonios consultados, que la hacienda más conocida y próspera del valle era la de Caucato. A pesar que el cultivo tradicional del valle era la vid esta hacienda era la única que producía caña, teniendo además un ingenio de azúcar y una población de 180 esclavos. La historia de esta gran propiedad se remonta a 1622 cuando Caucato era *“un buen viñedo al sur de Lima”* regalado a los jesuitas por testamento de la pareja Pedro de Vera-Juana de Luque; *“estaba pertrechada, con esclavos y una yesera que es el corazón de la hacienda”* (Macera 1977, III: 119). Recibida esta propiedad, los jesuitas debieron afrontar los inevitables problemas que frecuentemente acompañaban a los donativos que recibían. En efecto, Caucato y algunas tierras vecinas serán codiciadas por los parientes de los donatarios con quienes la Compañía tenía algunas obligaciones. Llegado el momento de elegir entre el pleito judicial, un concierto amistoso o el abandono de las tierras, el consejo final del respectivo *“Parecer”* hacía presente como principal razón el buen nombre de la Compañía:

*“Porque se ganará el ahorro de muchas penalidades, aflicciones, pobreza y empeños y lo que es más peso es, martirios de la opinión de la Compañía que tan pesada está por esta negra hacienda... será de más descanso y mejor servicio de Dios y cosa más gloriosa dejarlo todo y sacudir los zapatos huyendo de Caucato... para sacudir carga de tantos enfados y dolores y procurar desmancillar el obraje de nuestra religión”* (Macera 1977, III: 119-120).

Lógicamente cuando los jesuitas fueron expulsados en 1767 sus propiedades en el valle fueron a pasar a la administración de Temporalidades, siendo adquiridas luego por peninsulares o criollos a finales del XVIII. Los cañaverales de Santa Rosa de Caucato fueron vendidos en 1774 a Juan de Trujillo y en 1796 a Fernando Penagos. Los viñedos de San Ignacio de Humay a Juan García de los Reyes (1774), San José de Chunchanga a Silverio Bernal (1774) y Santa Cruz de Lancha a Francisco del Villar y Dehesa (1775); finalmente, el Olivar de San Juanito a Phelipe Manrique de Lara en 1781 (Aljovín 1990: 228-229).

## **II. ENTRE EL VIRREINATO Y LA REPÚBLICA:**

En un documento del Juzgado de Aguas del Archivo General de la Nación, se encontró, para el año 1800, la siguiente lista de haciendas y terrenos en el valle de Pisco con su respectiva extensión:

Valle de Pisco (1880)

Haciendas y terrenos	Extensión (en fanegadas)
San Juan de C6ndor	77
San Juan de Francia	8
San Cayetano	93
Cabezo Blanco	100
Hзда. de Bravo, o la Chacarilla	14
Idem. de Chongos	200
Cabeza Prieto	18
Mensia	19
S6rate	69
Manrique	120
N6ñez	77
Ballejo	13
Bandin	70
Querejazu	91
San Jos6 y Patio	143
Caucato	326
Santa Catalina	40
Mexia	120
Santo Domingo	40
Tierras de Huamani	12
Figuroa	16
Nombrada Truxillo en Polan	24
Capa Azul	29
Juan Jos6 Ru6z	5
San Jacinto	7
Jos6 Leandro	2
Lizarzaburu	33
Jos6 Santos Hierro	8
Justo Romero	1.5
San Cayetano de Caraya	93
Ram6n de la Rosa	3
Sebasti6n D6az	1.5
D. Jos6 Berris	20
San Mart6n	24
Ronseros	72
Le6n	4
San Miguel	1.5
Campo Verde	2
Comunidades	40
Lescano	1
Melena	1
Total:	1910.5 <sup>1</sup>

Al entrar al siglo XIX vemos en el valle como propietarios a nuevos personajes. Aparte de los ya mencionados por la compra de Temporalidades, tenemos a Francia Vila (dueña de la hacienda Mejía), Saledonio Lizaraburu (de Lizaraburu), Juan de Robles, José Blanco de Azcona, Claudio Fernández Prada, el Marqués de San Miguel, etc. De otro lado, si tenemos en cuenta que una fanegada equivale a 30 mil metros cuadrados -3 hectáreas- en Pisco 10 haciendas (Caucato, Chongos, San José, Manrique, Mejía, Cabezo Blanco, San Cayetano, Querejazu, Cóndor y Ronceros) ocupaban en 70% de las tierras fértiles del valle, siendo Caucato la más extensa e importante.

Caucato fue adquirida por el peninsular Fernando Penagos quien la administró y la hizo producir durante 20 años. Al reunir una respetable fortuna regresó a España a disfrutar de sus rentas y en su lugar dejó la administración de su propiedad a su sobrino Francisco Penagos. Según los testimonios consultados, parece que este personaje administró tan mal Caucato que tuvo que venderla a Fernando del Mazo -esto en vísperas de la Independencia- quedándose con una pequeña porción que conservó el nombre original: Santa Rosa de Caucato (Castillo 1947 y Flores Galindo 1884). Los demás fundos del valle eran muy pequeños y la mayoría se dedicaban al cultivo de viñedos y productos de panllevar; las más extensas -sin contar los cañaverales de Caucato- aparte de la vid se dedicaban a la fabricación de vinos y aguardientes.

Las descripciones más interesantes del valle por aquella época corresponden siempre a los viajeros. Julián de Mellet en 1815 visitó el puerto y todo el valle dejándonos el siguiente testimonio sobre la producción local:

*“Los alrededores de la ciudad, a un cuarto de legua del mar, estan cubiertos de viñas y producen en abundancia toda clase de excelentes frutas de Europa y América; el vino que se fabrica se llama lancha y es reconocido, tal vez, por el mejor de todo el Perú; y el aguardiente es tan bueno y mucho más fuerte que el cognac, tan renombrado en Francia”* (Mellet 1971, I: 91).

Señala asimismo el número de habitantes, aproximadamente 2600, siendo casi todos mestizos y cuarterones. El aguardiente se transportaba en tinajas de barro conteniendo cada una 120 o 125 botellas. Menciona otros productos menores como papas, camotes, mandiocas, plátanos, pistachos, etc. Por último, con respecto al comercio indica la venta de corderos y cabezas que transportaban de las serranías -seguramente Ayacucho, por existir una ruta

desde los tiempos prehispánicos- y enviaban a Lima y Guayaquil. Otro viajero, Gabriel Lafond de Lurcy, cuando visitó Pisco en 1822 nos dejó un excelente relato sobre los licores elaborados en el valle y su comercialización:

*“Este valle, así como los de Chincha y de Cañete, están cultivados casi todos de viñas, dátiles y olivos. Es allí que donde se elabora el mejor aguardiente del Perú: antes de la guerra de Independencia, se exportaba a Chile y hasta California. Se fabrica allí también una variedad hecha con uva moscatel, la que tiene gusto del vino de Frontignan y del aguardiente de Endaya, al que se llama aguardiente de Italia. Estos aguardientes se conservan en pipas de tierra de diferentes dimensiones, que contienen de veinticinco a ciento cincuenta botellas. el depósito tiene la forma de una betarraga y el orificio está situado en la parte ancha. El interior está revestido de brea mineral que impide la filtración. Esta masilla da un sabor desagradable al licor, al que, por lo demás, se conserva claro y límpido como el kirsh. Los viñadores obtuvieron de Carlos IV el monopolio de la fabricación de los licores espirituosos. Esta medida puso fin a la competencia que les hacían los productores de azúcar por la fabricación de ron”* (Lafond 1971, II: 176).

Con respecto a la irrigación del valle, Lafond se remonta a los tiempos prehispánicos cuando los indios cavaron el terreno hasta encontrar humedad y luego, después de haber construido canales de irrigación hasta las aguas del río, cultivaron maíz; sin embargo, a la llegada de los europeos se sustituyeron estas plantaciones por la viña. De otro lado, nos parece importante la mención que hace el viajero sobre el guano, fertilizante tan eficiente que no se le empleaba sino en pequeña cantidad y siempre diluido en agua; sin esta doble precaución quemaría la planta a fertilizar. Por último señala que en el fondo de la bahía de Paracas se encontraba agua dulce y más al sur un yacimiento de sal gema; estas salinas abastecían toda la provincia. A otro viajero, Roberto Proctor, le sorprendía en 1824 que en el puerto había un gran comercio de *“aguardiente, arroz, azúcar, tabaco y cera”* (1971, II: 292). El viajero William Bennet Stevenson calculaba, en 1825, la producción de vinos y aguardientes en 150 mil galones al año; asimismo describe la fábrica de jabón de Caucato y el número total de la población esclava de Pisco, Chincha y Cañete, de unos 8 mil trabajadores.

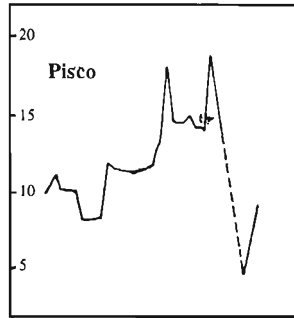
Finalmente hace referencia a la dificultad de obtener agua suficiente del río Pisco por lo que se recurría muchas veces a excavar pozos. Cuando el problema se agudizaba había muchos pleitos entre propietarios que se ventilaban en el Juzgado de Aguas; en el Archivo General de la Nación existe abundante información por este concepto, especialmente el largo juicio entre Francisco Penagos (de Caucato) y Francisca Vila (de El Cóndor).

Una visión más actualizada con respecto a la producción de estos valles de la costa central nos la da Alberto Flores Galindo, mencionando la importancia del cultivo vitivinícola en Pisco, Ica y Nasca. Sus vinos y aguardientes consiguieron mercados estables en la sierra peruana, Lima, Guayaquil o Quito, incluso Panamá. Sin embargo, el autor añade que esta producción terminó dibujando curvas febriles, con ascensos y bruscas caídas, de gran inestabilidad, *“como resultado de la difícil convivencia entre un cultivo sumamente delicado y un mundo rural rutinario y poco tecnificado”* (1984: 41). A pesar de las dificultades estos “señores de la viña” se encontraban entre los terratenientes más importantes de la costa; figuraban algunos nobles como el Conde de Monteblanco (en Chincha) o el Marqués de San Miguel (en Pisco); familias tradicionales cuyos árboles genealógicos se remontaban a los primeros conquistadores como los Cabrera (en Ica) y otros de más reciente data como los Olaechea (también en Ica), y los que mencionamos como terratenientes en Pisco. Parece que estas familias -a diferencia de sus pares en Lima- supieron conciliar la comercialización con la producción y, si bien su poder económico y político muchas veces se limitó a los marcos de la localidad, fue suficientemente sólido como para que, cuando llegaron los turbulentos años de la Independencia y los inicios de la República, no se vieran muy afectados y menos arrastrados por el curso descendente de los rendimientos económicos o por los trastornos políticos.

Por último, para calcular la producción del valle de Pisco podemos recurrir a los diezmos. En esta zona la recaudación se efectuaba principalmente en productos, ya que la producción vitivinícola era lo suficientemente atractiva -y además, fácil de conservar- para que los arrendatarios pactasen con los hacendados el diezmo en botijas de vino o aguardiente. Como estos arrendatarios eran muchas veces pequeños comerciantes o ex-hacendados, procedían a una venta que generalmente les arrojaba beneficios:



**PISCO-DIEZMOS 1770-1829  
(miles de pesos)**



*Fuente:* Flores Galindo (1984: 52)

El cuadro de diezmos arroja un movimiento nervioso y constante de las curvas, que en medio de fluctuaciones asciende con nitidez, pero también podemos notar que al promediar la década de 1810 inicia su descenso, una caída casi perpendicular. Habría que señalar que los trastornos por la Independencia, especialmente desde 1810, tuvieron un efecto fatídico para la agricultura de la costa: el comercio de exportación se interrumpe con la pérdida de Valparaíso por parte del Virreinato peruano. Esta interrupción en el tráfico comercial afectó al valle de Pico y lógicamente a los valles que tenían una agricultura de exportación. En febrero de 1821 el Arzobispo de Lima admitía una quiebra de diezmos. Pisco, como otros valles, se convierte en escenario de levadas, movimientos de tropas y enfrentamientos militares.

### **III. LA LLEGADA DE LOS LIBERTADORES**

Mientras San Martín reunía en Chile los fondos necesarios y trataba de enrolar a la tropa, Lord Cochrane recibió del Libertador la orden de hacer dos expediciones de reconocimiento al Perú, ambas en 1819. Ya sabemos que estas expediciones a las costas peruanas sirvieron a San Martín para desembarcar espías, entrar en contacto con los opositores al régimen colonial y, sobre todo, tomar una idea de cuál sería el lugar más apropiado para poner en tierra al Ejército Libertador. Sin embargo, sabemos que las autoridades coloniales ya intuían, desde 1818, la posibilidad que los

invasores desembarcaran en Pisco. Por ejemplo, el 30 de noviembre de aquel año, el Mariscal de Campo don Manuel Gonzáles remitía un oficio al virrey Pezuela alertando lo siguiente: *“Ese puerto de Pisco merece mucha atención a este Gobierno; pues por la ventaja de su situación a barlovento del Callao, y la facilidad de dirigirse de él a Lima en dos días por mar pudieran los enemigos amagarle desembarcando 400 a 500 hombres...”*<sup>2</sup>.

Al día siguiente otro oficio, esta vez enviado por Antonio Vaccaro, comunicaba al Virrey sobre el peligro de un desembarco en Pisco:

*“El examen de la carta marítima de la costa, manifiesta con exactitud la localidad del surgidero de Pisco, y su inmediato el de Paracas, que ofrece el mayor abrigo y disposición para hacer desembarco; (si los patriotas realizan un desembarco) el mucho fondo que (les) proporciona (la bahía les permite) el protegerlo, por (que) sus buques de mayor porte acercándose a la vez a la costa (hacen posible una protección de artillería naval) (además) la ninguna posición que tiene para verificarlo (el desembarco) porque no hay batería alguna en toda ella”*<sup>3</sup>.

Queda pues, desvirtuada la versión que los realistas esperaban el arribo de los patriotas por el Alto Perú, tal como lo hicieron los argentinos cuando intentaban defender las Juntas de Gobierno de Chuquisaca y La Paz durante la administración del virrey Abascal. De otro lado, queda claro que Pezuela estuvo avisado sobre la casi seguridad del desembarco en Pisco, desde diciembre de 1818, y si no dispuso las defensas pertinentes, esto demuestra la incapacidad del Virrey y sus asesores en diseñar una estrategia adecuada ante la inminente llegada del Ejército Libertador.

Y la llegada de Cochrane no se hizo esperar. El 7 de noviembre de 1819 el Almirante escocés hizo desembarcar al teniente coronel J. Charles al mando de unos 200 hombres, en una operación que tenía por objeto proveer de licor a la Escuadra. El Informe que leyó San Martín sobre estos sucesos narra algunos datos interesantes:

*“Nuestras tropas tomaron posesión de Pisco a pesar de la resistencia que al principio les opusieron 1200 hombres, mandados por un oficial General. Pero nos costó cara la ventaja adquirida, supuesto que el valeroso y hábil oficial Charles fue*

*herido mortalmente de bala de fusil... Nuestra pérdida consistió en 10 hombres más, muertos y heridos; la del enemigo fue considerablemente mayor. Se asegura que el Coronel que mandaba la caballería enemiga fue muerto en la acción, como también el Mayor Urquiza, hermano del Capitán arriba mencionado, y algunos oficiales... Embarcadas las botijas de aguardiente que se necesitaban, abandonaron los nuestros la plaza al cabo de tres días para volver a unirse a la Escuadra”<sup>4</sup> .*

Es lógico suponer que aquellos 1200 hombres que defendieron Pisco ante el ataque de J. Charles no formaban un ejército regular enviado por el Virrey; se trataba de un “ejército” formado por los mismos vecinos del lugar. Sólo eso puede explicar los 3 días que los libertadores tuvieron para coger el suficiente alcohol para la Escuadra; también tenemos la información que en este primer desembarco hubo alguna destrucción de propiedades pisqueñas con el objeto de capturar más víveres para los patriotas. Bernardo O’Higgins relata a San Martín que Charles capturó algunos pueblos y fortalezas del lugar, obligando a los pobladores entregar licor y víveres para el viaje de regreso a Chile.

Mencionamos anteriormente que este viaje de reconocimiento de Lord Cochrane tenía como uno de sus objetivos tomar contacto con algunos conspiradores al régimen español. Pues bien, sabemos que uno de esos conspiradores que tomó contacto con los patriotas fue José de la Riva-Agüero y Sánchez Boquete quien diseñó para San Martín un plan de ataque informándole sobre las facilidades que ofrecía el desembarco en Pisco:

*“El camino de Pisco a Lima es de carruaje, su terreno es algo arenoso pero bueno, siempre se camina a orilla del mar. No hay riesgos de ríos ni más emboscada que los cañaverales de Chincha y Cañete. Todo el tránsito está poblado de haciendas y poblaciones competentes. Hay bastantes caballerías y muladas. Puede transitar el ejército a la vista de sus transportes, y reembarcarse a donde quiera”<sup>5</sup> .*

En fin, las expediciones de Lord Cochrane sirvieron para que San Martín se convenciera que lo más adecuado era desembarcar en Pisco. El valle ofrecía la posibilidad de mantener a la tropa el tiempo que fuera necesario y de estar a poca distancia de la capital del Virreinato para un eventual ataque o

estar en correspondencia con todo tipo de autoridades o conspiradores. Además, la ocupación militar de Pisco significaría un duro golpe para la economía colonial, ya que interrumpía el tráfico comercial de *“los aguardientes de Pisco que salen mucho para Lima y las provincias de Trujillo, Lambayeque, Guayaquil Y Panamá”* <sup>6</sup> .

Es en estas circunstancias que llegaron los patriotas. El 20 de agosto de 1820 zarpó la Escuadra Libertadora con el Ejército Libertador del puerto chileno de Valparaíso. La guiaba Lord Cochrane pero la mandaba San Martín con el grado de Generalísimo, siendo su segundo Gregorio de las Heras. Las naves de guerra eran 13 y 18 los transportes cargados de gente y provisiones; los soldados eran unos 4500 hombres, entre los cuales había argentinos, chilenos y algunos mercenarios británicos como Lord Cochrane. La Escuadra navegó sin problemas hasta los primeros días de setiembre, avistando el día 7 de este mes la península de Paracas. Sin embargo, para evitar apresuramientos e improvisaciones San Martín hizo que sus tropas desembarcaran a partir del día siguiente. Se sabe que recién a las diez y media de la noche de aquel 8 de setiembre entró al pueblo de Pisco una división patriota, habiéndose retirado unos 300 efectivos realistas luego de haber saqueado el lugar <sup>7</sup> .

Lo importante es destacar que el 9 de setiembre, Pezuela recibió noticias detalladas del desembarco de los patriotas en Pisco. Manuel Químper, responsable del cuartel de Chongos (distrito de Pisco), le informaba al Virrey que el vecindario había tenido tiempo para salvar sus personas e intereses y que él había puesto en buen recaudo cuantas armas y municiones tenían las tropas realistas en el puerto. Agrega que el enemigo no había encontrado en la villa y sus inmediaciones ni recursos ni víveres, incluso ninguna persona con quien hablar: *“por lo tanto nada más me falta para mi completa satisfacción, que es saber si mi conducta en estas circunstancias ha sido conforme en todo a las ideas de V.E.”* <sup>8</sup> .

Al día siguiente, Pezuela recibió más información sobre los invasores. Antonio María Bazo señalaba que Químper había capturado a 5 patriotas para recoger más detalles. A pesar de eso no sabían el número total de las tropas enemigas aunque sí el número de naves de guerra y de transporte. Finaliza que el plan de San Martín era *“mantenerse algún tiempo en Pisco recolectando caballerías, y reclutando gente, y que los buques pasan a bloquear ese puerto”* <sup>9</sup> . Como vemos, el Virrey estaba al tanto de los movimientos del enemigo, a pesar de eso poco fue lo que se hizo por defender eficazmente el valle dejándolo casi libre al asalto de los patriotas.

Sabemos que la llegada de San Martín y el proceso de la Independencia provocaron un conflicto de intereses al interior de la sociedad peruana. No todos estuvieron de acuerdo con la idea del separatismo y su convencimiento final -si es que lo hubo- tuvo que recorrer un largo camino de indefiniciones a nivel ideológico y de destrucción material por la prolongación de la guerra en la mayor parte del territorio. El caso de Pisco no fue una excepción. Hubo grupos que apoyaron desde un principio a los patriotas, no tanto guiados por un convencimiento sincero y racional de pertenecer a una “nación” distinta a España como por satisfacer una aspiración muy individual: los esclavos dejar a su amos, o sectores medios y bajos que veían la posibilidad de acceder a cargos político-militares que antes les eran vedados o simplemente conseguir un botín de guerra. La aristocracia, con raras excepciones, se mantuvo monolíticamente en favor de España hasta que ésta y sus funcionarios en el país -con el Virrey a la cabeza- ya no pudo garantizarles ninguna seguridad. En el valle que nos ocupa, hacendados importantes como Fernando del Mazo (Caucato), Francisco Penagos (Santa Rosa de Caucato) y Vicente Lagorta (Lanchas y Carrizal) no tuvieron otro remedio que “colaborar” con los patriotas por la incapacidad del Virrey en defenderlos. Finalmente, como si esto fuera poco, sus propiedades fueron confiscadas por apoyar ideológicamente al bando realista.

Pronto, San Martín se dio cuenta que la hacienda más rica de la zona era Caucato. Así que el 13 de setiembre mandó al regimiento número 5 con 30 granaderos a caballo bajo las órdenes del coronel mayor Alvarez de Arenales. Los testimonios cuentan que en Caucato se encontraron 2 mil panes de azúcar, 1500 esclavos negros de ambos sexos y de todas edades y, los varones, casi en su totalidad, presentáronse voluntarios en las filas independentistas; aquel día también se logró que algunas familias del lugar pasaran a colaborar con el Ejército Libertador. El día 18 hubo 150 negros pasados al bando libertador y tres días después 90 más. Como vemos, casi todos los días Caucato proveía de hombres y víveres a las tropas recién llegadas y el 2 de octubre, el propio Generalísimo visitó la hacienda regresando a la noche con una buena cantidad de vacas<sup>10</sup>.

Más adelante, Alvarez de Arenales sería encomendado por San Martín a tomar los pormenores posibles acerca de los fundos vecinos, su topografía, capitales y mantenimientos; así, se despacharon en todas las direcciones partidas de caballería encargadas de recolectar bestias y ganado con que alimentar bien a las tropas y darles carne fresca de que carecían, en reemplazo de la ya odiosas y escasas chalonas y charquis traídos desde

Valparaíso. La requisita fue considerable y las partidas avanzaron hasta Chíncha con los mejores resultados.

Luego del fracaso de las conversaciones de Miraflores (24 de setiembre) se recrudece la ofensiva patriota en el sur y San Martín ordena a Arenales la ocupación de diversas localidades como Ica, Huamanga, Huanta, Huamanga, Jauja y Cerro de Pasco. Mientras tanto el Generalísimo tuvo que seguir diseñando su estrategia en Pisco al tiempo que Pezuela cometía el error de querer asegurar ante todo Lima. De esta forma prosiguieron los saqueos en Caucato y otras haciendas, y los desmanes de la tropa que empezaron el mismo día del desembarco. Cuenta el viajero Gabriel Lafond que cuando los patriotas desembarcaron en Pisco destruyeron, en el puerto, millares de pipas de aguardiente y que los marineros ingleses, siempre inclinados a estas clases de excesos, se acordaron por mucho tiempo de esta incursión en la que el aguardiente corría a mares. Varios de ellos murieron por esto (1971, II: 176 y ss.).

El 26 de octubre San Martín y sus tropas abandonaron Pisco y se dirigen al norte; parte de sus efectivos se quedaron bloqueando el Callao y el resto siguió al puerto de Huacho. A pesar de esto, los contactos entre el Ejército Libertador y Pisco no cesaron. En marzo de 1821 el Generalísimo, bajo el pretexto de “hostilizar al enemigo”, envía al teniente coronel Miller incursionar al valle. Así, durante la madrugada del día 22, Miller logró reunir *“trescientos caballos, igual número de cabezas de ganado vacuno, carnes y algs. mulas”*. El informe añade que los habitantes del pueblo *“le recibieron con el mayor entusiasmo cansados de las injusticias que han sufrido desde que el Ejército salió de aquel puerto”* <sup>11</sup>.

Esta es, en síntesis, la historia de una localidad que, como otras de la costa central, sufrió las consecuencias del desembarco de las tropas sanmartinianas; sabemos, no obstante, que los saqueos se prolongaron hasta el final de la guerra; por ejemplo, Juan Agustín Lira en su *Exposición de su conducta pública (1815-1834)*, señala para 1823 lo siguiente:

*“En esa época se hallaba en Pisco ocupado por fuerzas y montoneras del español Arana, el célebre colorado y otros jefes (...) Los desalojamos, se le hicieron prisioneros un oficial y seis u ocho soldados, y se les tomó ganado y caballos que puse a disposición de mi inmediato jefe, quien me ordenó de parte del gobierno que sacase cuantos aguardientes pudiese de Córdor.*

*Más de trescientas botijas puse en playa, para cuyo efecto sólo la reunión de mulas me costó mucho trabajo”<sup>12</sup>.*

#### **IV. A MODO DE CONCLUSIÓN**

Ante la generalización del cultivo de caña de azúcar en la costa peruana, Pisco, al igual que Ica y Nazca, constituían una excepción. Allí la producción vitivinícola consiguió mercados estables en la sierra, Lima, las ciudades de Guayaquil o Quito, e incluso Panamá. Por ello, estos “señores de la viña” estuvieron entre los terratenientes más importantes de la costa, a pesar que ya desde principios del XIX la agricultura experimentaba una crisis por el anticuado régimen de la esclavitud y la decaída renta de la tierra. No obstante, esta coyuntura se agravó sensiblemente por las guerras independentistas.

En efecto, entre 1820 y 1826, los hacendados fueron testigos de la destrucción física de sus propiedades -con eventuales secuestros-, la leva indiscriminada de sus trabajadores por ambos bandos, la salida de capitales con la masiva emigración de peninsulares, el difícil acceso al crédito y la pérdida de sus tradicionales mercados tradicionales. Comenzó de esta forma un período de estancamiento. Los vinos y aguardientes de Pisco se van a consumir en Lima y en algunos centros mineros de la sierra central. Sin embargo, es sabido que luego de la Independencia los trastornos continuaron por las luchas caudillescas de los primeros años republicanos. En este difícil escenario, la fuerza de trabajo estuvo formada por los pocos esclavos que los hacendados pudieron conservar, el peonaje por deudas y el yanaconaje. Debido a la escasez de capitales, fue el sector comercial el que financió lo esencial de la producción agrícola con créditos a corto plazo. Otra fuente fue el préstamo de unos hacendados a otros; la Iglesia, el Estado y los mineros que en la época colonial financiaron a este sector no estaban ya en capacidad de hacerlo. □

#### **NOTAS**

1 *Archivo General de la Nación, Juzgado de Aguas, Cuad.N.3.3.16.10.*

2 *CDIP, Asuntos Militares, t. VII, vol. 1, p. 250.*

3 *Ibid., p. 229*

- 4 *CDIP*, La Expedición Libertadora, t. VIII, vol. 3, p. 208.
- 5 *Ibid.*, t. VIII, vol. 2, p. 297.
- 6 *Ibid.*, p. 339.
- 7 *Ibid.*, t. VIII, vol., 3, p. 384-385.
- 8 *Ibid.*, p. 398.
- 9 *Ibid.*, p. 400-401.
- 10 *Ibid.*, 384 y ss.
- 11 *CDIP*, Asuntos Militares, t. VI, vol. 2, p. 291.
- 12 *CDIP*, Memorias, Diarios y Crónicas, t. XXVI, vol., 3, p. 20.

## **BIBLIOGRAFÍA**

- ALJOVIN, Cristóbal  
1990 "Los compradores de Temporalidades a fines de la Colonia", *Histórica* (Lima) XIV/2:183-233.
- BENNET, William  
1971 "Memorias sobre las campañas de San Martín y Cochrane en el Perú", en: *Relaciones de viajeros*: 73-338. Lima: Colección Documental de la Independencia del Perú, T. XXVII, Vol. 3.
- CASTILLO, M.  
1947 *Monografía de Pisco*. Lima: Biblioteca de Ensayos Monográficos Regionales.
- FLORES GALINDO, Alberto  
1984 *Aristocracia y Plebe*. Lima: Mosca Azul.
- LAFOND, Gabriel  
1971 "Remembranzas de Guayaquil (1822) Lima y Arica", en: *Relaciones de viajeros*: 83-149. Lima: Colección Documental de la Independencia del Perú, T. XXVII, Vol. 2.



- MACERA, Pablo  
1977 *Trabajos de historia*. Lima: Instituto Nacional de Cultura, T. III.
- MELLETT, Julián de  
1971 “Impresiones sobre el Perú en 1815”, en *Relaciones de viajeros*: 79-114. Lima: Colección Documental de la Independencia del Perú, T. XXVII, Vol. 1.
- PROCTOR, Roberto  
1971 “El Perú entre 1823 y 1824”, en *Relaciones de viajeros*: 187-332. Lima: Colección Documental de la Independencia del Perú, T. XXVII, Vol. 2.
- PUENTE BRUNKE, José de la  
1992 *Encomienda y encomenderos en el Perú*. Sevilla: Diputación Provincial de Sevilla.